

## EL SECRETO

El acceso a la casa rural estaba bien indicado. Desde la carretera general un camino asfaltado se internaba en el bosque durante aproximadamente dos kilómetros. Julián se apartó del camino en un claro que le permitía observar la casa sin ser visto. Apagó las luces y el motor y encendió un cigarrillo después de bajar unos centímetros la ventanilla. No quería llegar demasiado pronto. La invitación le había sorprendido.

Después del entierro de su padre a principios del verano, no había vuelto a ver a su tío. La escena que protagonizó en el tanatorio, encarándose al hermano mayor de su padre y haciéndole marcharse del velatorio, le había ocasionado la reprimenda de buena parte de la familia.

Apagó el cigarrillo y reanudó la marcha. Comprobó los coches aparcados en el patio de la casa. Ya debían haber llegado todos, sería el último. Las piernas le temblaban cuando presionó el timbre. ¿Estaría ella?

Fue su madre la que le abrió la puerta. En su cara se podía leer un: “hijo, tengamos la fiesta en paz”. Le besó y dejó franco el camino hacia el recibidor. Frente a la entrada, en un salón en el que se notaba la luz incierta de un fuego en la chimenea, un grupo de hombres charlaba amigablemente mientras apuraban las copas de jerez. Se quitó el abrigo y se dirigió a la cocina a besar a su tía, artífice de la invitación inesperada. Allí estaban también sus hermanas y alguna de sus primas. Marta no. Con un jerez en la mano le invitaron a que se uniera a la tertulia masculina, seguro que estarían hablando de fútbol. Saludó a sus cuñados con un apretón de manos y abrazó a sus primos. El tío se fue a echar algún tronco a la chimenea cuando vio que Julián se acercaba. Sus miradas se cruzaron con frialdad.

De un rincón, surgió la figura de Marta que había estado tirada en el suelo jugando con los más pequeños. La vio con los mismos ojos que cuando eran niños. Siempre habían sido los primos que más se querían, inseparables, hasta que una mano negra empezó a tejer un muro de mentiras entre ellos que los separó. ¿Habría recibido su carta? Ella se paró a su altura, se dieron dos besos sin apenas cruzar palabra. Julián sintió cómo la sangre le bajaba hasta los pies y no sabía si el temblor que había notado en el cuerpo de su prima provenía de ella o de su incipiente mareo.

Todos notaron su repentina palidez, lo que sirvió de chascarrillo, bromas y risas en los siguientes minutos. La llamada a la mesa paró las burlas, para desahogo de Julián. Quiso elegir un sitio donde evitar la proximidad de su tío, pero con habilidad, las maestras de ceremonia habían puesto cartelitos en la mesa distribuyendo a los invitados. Al verse sentado justo enfrente de su tío y de Marta, sintió la tentación de salir corriendo. Pero no lo iba a hacer. Aceptó la invitación sabiendo que iba a estar incómodo. Su padre siempre le había enseñado que los problemas había que encararlos y dejarlos solucionados antes de pasar página. ¡Qué ironía!, pensó.

La comida estaba exquisita. Aquellos manjares habrían costado a los organizadores una buena cantidad de euros. Pero a él le costaba trabajo tragarlos. Contestó a las innumerables preguntas que todos le dirigían con motivo de su residencia en Berlín. Hacía ya dos años que tomó la decisión, cuando le anunciaron que Marta iba a contraer matrimonio con uno de sus mejores amigos. Luego se enteraría de que todo había sido un engaño urdido por los dos patriarcas de la familia. A su padre, le tuvo que perdonar cuando le contó todo en su lecho de muerte, pero a su tío...

Cuando terminaron la cena, Marta, con disimulo, puso encima de la mesa el sobre rosa que Julián había enviado con la carta donde le explicaba las causas de la escena en el tanatorio. Colocó la servilleta encima, y sonrió a Julián. La sangre le subió esta vez de golpe a la cara y parecía que los ojos iban a salir disparados a la copa de champán que tenía enfrente.

Su tío se levantó con la copa en la mano y la golpeó con una cucharilla llamando la atención de los comensales, enredados en conversaciones y risas. Fue entonces, cuando anunció que Marta había ido al registro civil y había tomado los apellidos de sus padres biológicos. No obstante, ella sabía que en esa casa siempre sería considerada como una hija. A Julián le deseaba que pronto pudiera regresar a su país con un buen trabajo. Los invitados quedaron atónitos en medio de un espeso silencio. Mientras, los ojos de Julián y Marta ya tenían su propia conversación.

Luis Marín

Diciembre, 2011